



FRANCISCO A. MARCOS-MARÍN¹

The University of Texas at San Antonio - fmarcosmarin@satx.rr.com

Artículo recibido: 17/11/2010 - aceptado: 25/11/2010

EL ESPAÑOL DE NORTEAMÉRICA Y LAS CULTURAS Y LENGUAS AMERINDIAS. FUENTES EXTERNAS E INTERNAS PARA LA RECONSTRUCCIÓN

RESUMEN

Este estudio de diacronía lingüística utiliza dos fuentes de información, *externas e internas*. Las *fuentes externas* son independientes de la estructura lingüística. El estudio del *arte rupestre* como fuente externa constituye una aportación semiológica de notable interés, dada la calidad del arte rupestre del suroeste de los Estados Unidos. Las pinturas rupestres admiten una interpretación etnolingüística y sirven para deshacer la madeja de la compleja relación genética entre las lenguas amerindias y su fragmentación, mucho antes de la llegada de los castellanos, así como la que se establece después entre las lenguas amerindias y las lenguas indoeuropeas. Las *fuentes internas* son las de las estructuras lingüísticas de las lenguas y los datos obtenidos por su análisis. Las fuentes internas son metalingüísticas: el análisis y categorización de los elementos lingüísticos no son procesos naturales, sino artificiales.

PALABRAS CLAVE: Arte rupestre, préstamos, Tejas, Etnolingüística, amerindio.

ABSTRACT

Studying linguistic diachrony demands two types of sources, external and internal. External sources are independent of linguistic structures. The study of rock art as an external source constitutes a valid semiotic contribution to language history. Furthermore, the aesthetic quality of the Rock Art of the Southwest enhances its interest. Rock paintings contribute concepts and suggest interpretations to other sciences, although their contribution is particularly relevant in the case of Ethnolinguistics. They help unwind the ball of the complex genetic relationship among the Amerindian languages and their fragmentation before the arrival of the Europeans, and among all sorts of languages afterwards. Internal sources are based on the linguistic structures of languages and the data provided by their

¹ Francisco A. Marcos-Marín es Professor of Hispanic Linguistics en la University of Texas at San Antonio. Ha sido Professore ordinario per chiara fama de la Università degli Studi di Roma «La Sapienza» y Catedrático de Lingüística General de la Universidad Autónoma de Madrid. Premio Humboldt de Investigación (2004). Autor de más de veinticinco libros impresos y más de trescientos artículos y reseñas críticas.

analysis. Internal sources are metalinguistic: linguistic elements are analyzed and categorized through artificial processes involving the languages described.

KEY WORDS: *Rock Art*, loanwords, Texas, Ethnolinguistics, Native American.

América es el continente que el ser humano pobló en último lugar. Hace menos de 30000 años se produjeron las primeras migraciones, desde el nordeste asiático (Santos *et al.* 1999). Desde entonces, el flujo no ha cesado. Hace unos 13000 años subió el nivel del mar, lo que era un istmo pasó a ser el estrecho de Bering y cesó el paso directo desde Asia (Ruddiman 2003); pero en 1492 se abrió la nueva entrada de hombres, esta vez indoeuropeos y por mar. La conquista de América por los europeos se debió a sus ventajas técnicas y a su organización social, en la cual la dignidad del hombre desempeñaba un papel relevante. La Ley, como instrumento supremo de control social, aunque fuese aplicada imperfectamente, aventajaba a los sistemas previos, que dependían de la voluntad del poderoso (Sánchez Bella 1999). Las sociedades amerindias carecían de ese principio de regulación independiente, que garantizaba unos derechos mínimos. Los nuevos modelos de estructura social se expresaban en lenguas desconocidas en el continente americano, que influyeron mucho en las lenguas amerindias y que cambiaron por completo el panorama de América.

La situación lingüística americana ofrece un doble plano. En un nivel se sitúan las lenguas indoeuropeas, unificadoras: español, inglés, portugués, francés y holandés. La primera de ellas es la que abarca más territorio y tiene mayor penetración social: puede recorrerse el continente de norte a sur sin necesidad de usar más lengua que el español; en todas partes se encontrarán gentes que hablen o, al menos, entiendan, esta lengua. Este fenómeno no sólo es consecuencia de la conquista y asimilación lingüística de enormes territorios, sino también de los movimientos de población que se produjeron más tarde y que afectan al continente completo. En otro nivel se sitúan centenares de lenguas y dialectos amerindios, algunos desaparecidos, otros en vías de desaparición y otros con fuerza suficiente como para plantear reivindicaciones para recuperar un cierto uso oficial (Boas 1920; Greenberg 1987, 1989; Campbell 1997; Mithun 1999; Moreno Cabrera 2003). Muy pocas de esas lenguas tienen un estatuto jurídico que permita su uso en todos los niveles, aunque la realidad no sea tan equitativa. Es el caso del guaraní en el Paraguay, por ejemplo (De Granda 1988).

El final del siglo XIX y el siglo XX han sido testigos de la llegada de millones de inmigrantes, desde una u otra costa y desde los cinco continentes. Este desplazamiento de población ha ido acompañado de cambios en las fronteras y de migraciones en el eje Norte - Sur. Las fronteras de los Estados Unidos o del Brasil abarcan a principios del siglo XXI un territorio mucho más amplio del que abarcaban a principios del siglo XIX. «Nosotros no pasamos la frontera, la frontera nos pasó a nosotros» es una expresión del Suroeste norteamericano que resume perfectamente estas situaciones, que no son privativas de ese país y su frontera sur. Estos movimientos de hombres y de límites han llevado consigo cambios lingüísticos, sociales y culturales, incluidos los artísticos, cuyo estudio basado en los llamados documentos históricos se refiere sólo al período más reciente, menos de 2000 años. Han supuesto gozo, dolor y trabajo.

El acercamiento a la historia de América desde la perspectiva del lingüista es menos común que el que se produce desde las del arqueólogo, el historiador (de las sociedades, las culturas o el arte) o el etnólogo. En general, el lingüista está sobre todo interesado por las estructuras del lenguaje, es decir, por la gramática y el léxico. No suele ocuparse, salvo para confirmar algunas hipótesis, de la mayor parte de lo que las otras ciencias aportan. El autor quiere recuperar el sentido propio de la palabra *filólogo*, mostrando su interés por el concepto, el *logos*, más que por la categoría gramatical, el morfema o el sintagma. Para ello necesita conocer las otras ciencias humanas (y algo de las físicas y naturales, cuando puedan añadir precisiones, muy necesarias). El *logos*, el concepto, nos dice que el hombre es un ser histórico, una de cuyas dimensiones esenciales es el tiempo: es, como dijo el filósofo alemán Heidegger, un ser en el tiempo y es, sobre todo, un ser en sus dimensiones. Espacio, lenguaje, sociedad y tiempo definen los límites del concepto de hombre. Los cuatro se unen en la tarea filológica, pero no de la misma manera.

Con la experiencia, al lingüista le sorprenden muy pocas cosas; pero llama la atención la persistencia en el error biologicista. Es muy probable que fuera Darwin, sin pretenderlo, el originador de esta tendencia interpretativa. En una obra tardía, *The Descent of man* (1871, p. 40), afirmaba que «tienen un curioso paralelo la formación de lenguas diferentes y especies distintas y las pruebas de que ambas se han desarrollado en un proceso gradual». Lo más razonable es pensar que Darwin intuyera una regla general del cambio y nada más, porque las diferencias entre los procesos biológicos y los cambios lingüísticos son enormes.

Las lenguas no son organismos vivos, no viven y mueren, son estructuras mentales usadas por un solo tipo de organismos vivos, los seres humanos. En el momento en el que una lengua está codificada, fijada, puede recuperarse y usarse cuando un grupo humano quiera. Cuando se habla de codificación quiere decirse, en términos sencillos, su fijación, generalmente por escrito, en gramáticas y diccionarios y, más todavía, en textos de diversos tipos, como los literarios o científicos. Por eso se han podido volver a usar el hebreo o el irlandés o se puede seguir usando el latín. Por eso se han revitalizado otras lenguas, que no habían dejado de hablarse; pero que tenían un ámbito de uso mucho más reducido, como puede ser el caso del vascuence. En América esta revitalización afecta a grandes lenguas indoeuropeas, como ocurre con el francés en el Canadá o como está sucediendo con el español en los Estados Unidos y en el Brasil (con diferencias en cada caso). Puede haber un componente de artificialidad en esto, como ocurre en el caso del vascuence y otras lenguas: cuando se re-utiliza una lengua a partir de su codificación, se pierden aquellos aspectos no bien codificados, como los dialectos.

En consecuencia, hablar o dejar de hablar una lengua depende de la libertad humana. Esa libertad puede ejercerse libremente o puede verse sometida a límites, como la libertad de expresión o la de residencia. En la historia abundan los casos de lenguas que se han prohibido; pero son más los casos de lenguas que dejaron de hablar sus usuarios, simplemente porque les interesaba más otra cosa o porque fueron eligiendo entre distintas variantes, cada vez más alejadas de la estructura original: es lo que pasó con el francés o el castellano respecto al latín, un cambio en la selección de estructuras.

Todas las lenguas y dialectos que se hablan en el mundo y que se han hablado proceden de un rasgo común a la especie humana, su capacidad de lenguaje. En el fondo, por tanto, todas las lenguas y dialectos no son sino variantes de una estructura básica, común a todas. Esto no quiere decir, necesariamente, que haya habido una lengua común originaria de la que derivaron sucesivamente todas. La unidad es de carácter estructural. Quizás los primeros miembros de la especie humana tuvieron una lengua, origen de las sucesivas. Lo que está claro es que esa teórica lengua común sería, *de facto*, una lengua muy limitada en cuanto a su léxico, por ejemplo, por la limitación del conocimiento del mundo de sus hablantes. Con todas sus limitaciones en esa lengua concreta (y, en realidad, en todas) recuérdese que la capacidad de lenguaje permite una recursividad continua. Es decir, a partir de una estructura, pueden ampliarse y modificarse esa estructura y sus elementos, indefinidamente. Puede decirse, en términos estructurales, que

todas las lenguas son simplemente variaciones y permutaciones de una única estructura, que no se realiza en ninguna lengua, ni se puede realizar, de manera plena.

Más todavía, las lenguas no están codificadas en el cerebro de manera ni remotamente parecida a cómo las codifican los gramáticos o lingüistas en sus libros. Una gramática no es una representación mental de una lengua, no es sino el resultado de utilizar la lengua para estudiar o, lo que es lo mismo, categorizar la lengua: usar una lengua para hablar de una lengua, la misma u otra. A eso es a lo que se llama «metalingüística»; pero los seres humanos no tienen otra posibilidad, porque su instrumento de categorización y de comunicación es el lenguaje, estructurado en lenguas concretas.

El lingüista tiene que defender profesionalmente la pervivencia de las lenguas, porque lo contrario sería reducir el mercado de trabajo de su profesión. El filólogo, es decir, estudioso del concepto, no tiene más remedio que reconocer que lo que importa es que se hable, es decir, que se categorice el mundo y se comunique en una lengua, porque todas las lenguas son iguales (lo mismo da una estructura que otra), aunque no todas sean igual de útiles.

Cuando una comunidad siente que esa lengua ya no le es útil, simplemente la cambia, y debe ser libre para hacerlo. Otra cosa es tiranía.

Las lenguas no mueren, ni viven; viven y mueren los hablantes, los seres humanos. Hay que dejarse de esas expresiones biologicistas, son patrañas que buscan confundir a la gente.

El hombre puede reflexionar sobre sí mismo y trascender esa reflexión gracias al lenguaje; pero la confusión del lenguaje con la realidad del pensamiento es ilusoria, porque los hombres mueren y las lenguas cambian. Sólo usando el lenguaje para hablar del lenguaje puede el hombre acercarse a la interpretación lingüística y, al hacerlo, crea nuevas categorías. Se trata de la actividad *metalingüística*. La lengua que hablamos no es las categorías que describimos; pero sin categorías que podamos expresar por medio de las lenguas no entendemos el lenguaje, ni el mundo. Joseph Greenberg, uno de los grandes tipólogos y comparatistas modernos, lo captó perfectamente cuando afirmó (1971, p. 119) que «Distinguimos entre la evidencia de la verdad de un hecho y las teorías designadas para dar cuenta de ese hecho».

Así pues, hay una realidad y hay un lenguaje. La primera proporciona un tipo de información, que arranca de algo externo al individuo. El segundo permite un análisis de cómo se conforma internamente esa realidad en estructuras que se llaman lenguas y que se van alterando y redefiniendo en el tiempo. A ese desarrollo y cambio en el tiempo es a lo que se llama *diacronía lingüística*.

Para el estudio de la diacronía lingüística cabe utilizar dos fuentes de información, que suelen llamarse *externa* e *interna*. Las *fuentes externas* son aquellas independientes de la estructura lingüística. Son muchas, la Historia misma, la Historia del Arte, la Arqueología, la Etnografía, la Antropología, el Derecho, la Sociología, entre otras, que tienen el carácter de generales, pues dentro de cada una de ellas puede haber otras fuentes que aclaran aspectos más concretos y que se pueden llamar *específicas*. En este estudio, que se inserta en un marco general, el proceso de la evolución de las lenguas de América, se propone añadir una fuente externa específica, que formaba parte de la arqueología; pero no había recibido una consideración directa por la comunidad lingüística. El estudio del *arte rupestre* como fuente externa constituye una aportación semiológica de notable interés, dada la excepcional calidad del arte rupestre del suroeste de los Estados Unidos. Además de todo lo que aportan a otras ciencias, las pinturas rupestres admiten una interpretación etnolingüística y pueden servir para ayudar a deshacer la madeja de la compleja relación genética entre las lenguas amerindias y su fragmentación, mucho antes de la llegada de los castellanos, así como la no menos compleja relación que se establece entre las lenguas amerindias y las lenguas indoeuropeas, tras la llegada de los conquistadores y pobladores sucesivos a lo largo de los siglos. Se trata de un estudio eminentemente multidisciplinar, en el que un investigador solo no avanza, especialmente si tiene una formación limitada a la lingüista. En 2010 es legítimo aceptar que se dispone de los suficientes datos arqueológicos y etnográficos para tratar de completarlos con la perspectiva lingüística.

Las *fuentes internas* son las de las estructuras lingüísticas de las lenguas y los datos obtenidos por su análisis. Las fuentes internas son, por tanto, metalingüísticas: el análisis y categorización de los elementos lingüísticos no son procesos naturales, sino artificiales. Para ser hablante no hace falta ser gramático, aunque para ser gramático haga falta ser hablante. Las categorías gramaticales no son clases naturales, sino constructos mentales. Por eso hay distintos tipos de gramáticas que intentan explicar el fenómeno natural de que cualquier ser humano normal puede aprender otra lengua, de que las lenguas son intertraducibles y de que la lengua natural es un rasgo específico del ser humano. La lengua forma parte de 1) el proceso de

categorización de la realidad por cada hablante, 2) la comunicación, esa categorización individual se completa y perfila en la comunidad de hablantes. Ningún ser humano aislado es capaz de actualizar su capacidad de lenguaje en una lengua concreta. Además, la lengua es el objeto de estudio de las gramáticas, que emplean procedimientos categoriales, estructurales, puesto que parten del postulado de que una lengua es un sistema de signos. Por ello una lengua es también parte de la ciencia que estudia signos y símbolos 3) la Semiología.

El estudio del contacto entre las lenguas (Weinreich 1953) se beneficia de la capacidad moderna de acceder computacionalmente a la información, que puede estar muy dispersa. Por ella se ponen en relación datos muy pequeños, hasta conseguir un corpus aceptable, que va ofreciendo los medios de entender qué ocurrió en el cambio de mentalidades que se produce por el contacto lingüístico. Añade amplitud a las investigaciones de tipo «tradicional» o «filológico» (Marcos-Marín 2008b, 2008c y la bibliografía allí recogida). El objetivo último puede ser, como en esta investigación, el cambio de mentalidades que se produjo tras la conquista de América por los castellanos; pero otros objetivos, derivados de otros contactos, pueden ser igualmente alcanzables.

Jurídicamente, la conquista de América fue castellana, no obsta que hubiera extremeños (o portugueses), jurídicamente era Castilla. Conviene ser muy cuidadoso con la terminología, porque los conceptos son esenciales. Los reinos de Aragón y de Valencia no participaron hasta después de los Decretos de Nueva Planta de Felipe V (1707, 1711, 1715). La centralización administrativa de España les fue permitiendo a todos los españoles, a lo largo del siglo XVIII, el comercio con América. La más amplia fue la reforma de 1789. A partir de ese año, desde un amplio número de puertos de España, podían zarpar los barcos con destino a la América ya propiamente española. Entonces sí se puede hablar de españoles en América. Dicho esto, no hay que extrañarse de que los conquistadores y pobladores dependientes de la Corona de Castilla se llamasen a sí mismos *españoles*, como, en la interpretación de la guerra religiosa contra los no-creyentes, se llamasen *cristianos*. *Españoles* (con la variante gráfica *hespañoles*) había llamado el gran poeta portugués Luis de Camões también a los portugueses en *Os Lusíadas*, porque ése era el derivado del latín *Hispania*. El sentido moderno de nación se desarrolló más tarde; en el siglo XVI se refería al lugar en el que había nacido cada uno, sin más complicaciones jurídicas.

Es más exacto utilizar los términos de novohispanos (de Nueva España) y de virreinos y virreinal, porque España no tuvo colonias en América. Los reinos de

Indias dependían directamente del Rey, que designaba a un Virrey o a un Capitán General, para representarlo. Los términos de «colonias, colonial» se toman (muy erróneamente) de los anglosajones y no coinciden en absoluto con el valor que tiene para ellos, porque los hispano-americanos siempre tuvieron representantes en el Consejo de Indias, que estaba vinculado, por su origen, al Consejo de Castilla. Aquello de «No taxation without representation», que justificó el inicio de la independencia norteamericana, no puede calcarse para los virreinos hispano-americanos (salvando todas las diferencias, muchas), porque existían algún tipo de representación y un organismo específico.

Américo Castro (1971, p. 19) estableció una diferencia fundamental para entender, desde la perspectiva española, el fenómeno y proceso de la conquista, la que existe entre *móviles* y *principios*. Los *móviles*, es decir, los impulsos que movían a los súbditos de Castilla a arriesgar sus vidas en la travesía y en la guerra y a cambiar un mundo por otro fueron la ambición de oro y de poder. Los *principios*, es decir, las bases en las que se apoyaban aquellas gentes desde luego extraordinarias, fueron la gloria de Dios y el profundo respeto al Rey, representante de Dios, no se olvide. Por lo tanto, las bases eran mitos grandiosos, cuya expresión era poética. Los cronistas de Indias relatan hechos que traspasan la imaginación de los lectores y que fueron traducidos y seguidos en Europa como una realidad que superaba la ficción. Unidos a las novedades perceptibles contribuyeron a dar a lo español en Europa una dimensión literaria nueva y también un nuevo planteamiento jurídico, el derecho de gentes. Los europeos tenían ante sí nuevos seres humanos, nuevas sociedades diferentes de todo lo conocido, nuevas flores y frutos, nuevas riquezas (Marcos-Marín 2008a, 2009a).

Las relaciones entre el nuevo señor y sus súbditos americanos eran completamente diferentes de las que se establecieron entre los anglos y los holandeses con los indios en el Norte. Los españoles del Centro y Norte de América se convirtieron en novohispanos porque se integraron inmediatamente en una sociedad interracial, se formó un pueblo mestizo de un modo impensable en el mundo indoeuropeo germánico (anglosajón y holandés principalmente, en Norteamérica), en el que los matrimonios mixtos fueron excepcionales. John Ford (1961) supo plasmar esa actitud del norteamericano blanco en una obra cinematográfica dedicada al problema de la adaptación de los niños blancos a la sociedad de sus raptos, los comanches en este caso, y la reacción de la sociedad anglosajona y germánica (las familias y su entorno) ante esos niños rescatados como hombres y mujeres años después. *Two Rode Together*, dentro de las convenciones comerciales del género, aclara mucho más de lo que explicita, que es, de todos

modos, bastante. No fue un éxito comercial en los Estados Unidos; pero sí en otros países, como en España, con el título de *Dos cabalgan juntos*. Muy poco antes se había roto el estereotipo de la actriz mexicana sólo para papeles étnicos secundarios, cuando Stanley Kubrick seleccionó a Pina Pellicer junto a Karl Malden y Katy Jurado para dar respuesta a Marlon Brando en la película *One-Eyed Jacks* (en el mundo hispánico *El rostro impenetrable*), que expresaba un mensaje de tolerancia a la integración racial en el Suroeste norteamericano. Tampoco esta cinta (que al final tuvo que ser dirigida por Brando) fue un gran éxito comercial en los Estados Unidos, aunque sí en Europa: en 1961 obtuvo la Concha de Oro en el Festival Internacional de Cine de San Sebastián, en el cual Pina Pellicer fue elegida la mejor actriz.

El ser una sociedad integradora de los resultados de la unión de razas no significa que la sociedad virreinal fuera racialmente simple, al contrario. Cada uno tenía perfectamente clara su cuota de sangre de Castilla, como todavía ocurre hoy (sustituyendo «castellana» por «europea»), aunque no se pueda decir. Es una manifestación de una diferente forma interna de vida, en la que concuerdan Iberoamérica y la Península Ibérica, como señaló también Castro (1971, p. 23): «Ambas son espontáneamente de una manera, y necesitan vivir de otra».

Puesto que lo que importa en estas páginas es lo que tiene relación con la reconstrucción lingüística, basta con señalar algunas líneas generales referentes a los grandes modelos de relación con la población amerindia (y sus lenguas), advirtiendo también de la importancia que tuvo (y sigue teniendo en muchos lugares) la población negra. En los territorios del Sureste norteamericano la población negra, sin embargo, no tuvo la importancia que en otras zonas (De Grandá 1978) y, lingüísticamente, durante la época de orígenes del español de los Estados Unidos, su incidencia puede considerarse nula.

De manera esquemática, pueden establecerse tres tipos principales de amerindios en relación con los recién llegados: a) los indios de las misiones, defendidos por los misioneros que, al mismo tiempo, procuraban el abandono de sus prácticas religiosas paganas y, por lo tanto, los introducían en lo que hoy se llamaría un proceso de aculturación, que provocó reacciones que a veces llegaron al martirio de los misioneros; b) los indios de las encomiendas, sometidos al sistema de trabajo de los siervos o, quizás con un paralelismo más inmediato, los moriscos castellanos, aunque con la ventaja sobre estos de las Leyes de Indias y la vigilancia de misioneros y oficiales del Rey; c) los indios designados como «salvajes», perseguidos, rechazados y, en ocasiones, esclavizados, pese a las prohibiciones

legales. La exposición de estos tres tipos a la lengua española (y a la lengua latina de la liturgia) era muy diferente y explica las distintas actitudes respecto al préstamo y el calco lingüísticos.

En Tejas y el Suroeste de los Estados Unidos de América o, si se prefiere, en Coahuila y Tejas y el Noroeste de la Nueva España la situación era, en este particular, más simple, por no tener aplicación el sistema de encomiendas, que no se concretó en estos territorios. Los contactos, en consecuencia, fueron de tres tipos: a) con los misioneros, b) con los soldados y elementos militares y c) con los cazadores de esclavos. Esta distinción se refleja en la presencia clara de las dos primeras categorías en el arte rupestre histórico e Tejas y el Suroeste. Sabemos de la existencia de la tercera categoría, que explica la «invisibilidad» de los indios para los exploradores novohispanos que cruzaron el territorio en los siglos XVI, avanzado, y XVII. Es posible que un mejor análisis del arte rupestre histórico permita encontrar algunos elementos del contacto con las ilegales expediciones esclavistas. La relación de los indios con los establecimientos misioneros, que los protegían de las incursiones de apaches y comanches, y con los escasos presidios tejanos tuvo que influir en sus lenguas y en otras facetas de sus vidas.

Se propone que el investigador pueda recurrir a los dos tipos de fuentes de información señaladas, cuando limita su objeto de estudio a un aspecto lingüístico concreto de la diacronía lingüística en el continente americano. Si se trata del contacto del español con las lenguas amerindias, empleará, como *fuentes externas*, la relación entre elementos semiológicos de la cultura española, las lenguas indias y las pinturas rupestres *históricas* de los indios del Suroeste (Turpin 1984, 1986, 1989, 1994, 1995, Turpin y Eling 2002; Boyd 2003, 2010; Marcos-Marín 2010 en prensa, 2010VA en prensa). El estudio del arte rupestre, por tanto, es previo. La *fuentes internas*, estrictamente lingüística, es la que se refleja en las alteraciones del español y de las lenguas amerindias por el contacto directo o indirecto entre ellas (Enguita 2004; Marcos-Marín 2010Holtus en prensa). Esas alteraciones no sólo afectan al léxico, también a la semántica, lo que hace su estudio más arduo. Se trata de aprovechar los datos de otras ciencias y utilizarlos para resolver los problemas de los contactos lingüísticos. Las fuentes no lingüísticas y las lingüísticas se complementan.

BIBLIOGRAFÍA

- Boas, Franz: «The Classification of American Indian Languages». *The American Anthropologist* 22 (1920) 367-376.
- Boyd, Carolyn E.: *Rock Art of the Lower Pecos*. College Station Texas: Texas A&M University Press, 2003.
- Revista Iberoamericana de Lingüística*. 2010 En prensa
- Campbell, Lyle: *American Indian languages: The historical linguistics of Native America*. New York: Oxford University Press, 1997.
- Castro, Américo: *Iberoamérica. Su historia y su cultura*. New York: Holt Rinehart and Winston, 1971, 1ª ed. 1941.
- Darwin, Charles: *The Descent of Man*. J. Londres: Murray, 1871.
- De Granda, Germán: *Estudios lingüísticos hispánicos, afrohispánicos y criollos*. Madrid: Gredos, 1978.
- *Sociedad, historia y lengua en el Paraguay*. Bogotá: Publicaciones del Instituto Caro y Cuervo, 1988.
- Enguita Utrilla, José María. *Para la historia de los americanismos léxicos*. Frankfurt: Peter Lang, 2004.
- Ford, John: 1961 *Two Rode together* <http://www.imdb.com/title/tt0055558/> (consultada el 4 de julio de 2010).
- Greenberg, Joseph H.: *Language, Culture, and Communication*. Stanford, California: Stanford University Press, 1971.
- *Language in the Americas*. Stanford, California: Stanford University Press, 1987.
- «Classification of American Indian languages: A reply to Campbell». *Language* 65, 1 (1989): 107–114.
- Marcos-Marín, Francisco: «La traducción en la frontera: tres criterios». Actas del III Congreso *El español, lengua de traducción*, 12 a 14 de julio, 2006 Puebla (México); coordinación: Luis González / Pollux Hernández, Bruselas: ESLETRA, 2008a. 35-54.
- «Marco histórico, base lingüística y recursos textuales para la investigación del español del suroeste». *Language Problems & Language Planning*, 32, 2 (2008b): 113-132.
- «La investigación del español del suroeste. Problemas y métodos», *Language Problems & Language Planning*. 32, 3, (2008c): 237-252.
- «Palabras americanas en la ciencia europea del XVI». *Léxico español actual II*, ed. Luis Luque Toro. Venezia: Libreria Editrice Cafoscarina, 2009a. 145-154.

- «El siglo XVI en la historia lingüística de Tejas». *«Recuerde el alma dormida»: Medieval and Early Modern Spanish Essays in Honor of Frank A. Domínguez*, ed. John K. Moore, Jr. & Adriano Duque, Newark, Delaware: Juan de la Cuesta, 2009b. 197- 215.
 - «El arte rupestre del Suroeste como fuente para el estudio de contactos lingüísticos», México: Actas del Coloquio de Oaxaca, UNAM, 2010. En prensa.
 - «Arte rupestre y lingüística amerindia. Estilos y conceptos». *Revista Iberoamericana de Lingüística*. 2010. En prensa.
 - Los préstamos del español a las lenguas indígenas de Norteamérica». *Mélanges Günther Holtus*. 2010. En prensa.
- Mithun, Marianne: *The Languages of Native North America*. Cambridge: Cambridge University Press, 1999.
- Moreno Cabrera, Juan Carlos: *El universo de las lenguas. Clasificación, denominación, situación, tipología, historia y bibliografía de las lenguas*. Madrid: Castalia, 2003.
- Ruddiman, William E.: «The Anthropogenic Greenhouse Era Began Thousands of Years Ago», *Climatic Change* 61 (2003): 261-293.
- Sánchez Bella, Ismael (compilador) *Textos Clásicos de Literatura Jurídica Indiana*. Madrid: Fundación Histórica Tavera, Digibis. Publicaciones Digitales, 1999 (Colección Clásicos Tavera. Serie II, v. 15. Temáticas para la Historia de Iberoamérica) [CD-Rom], 1999.
- Santos, F. R., A. Pandya, C. Tyler-Smith, S.D. Pena, M. Schanfield, W.R. Leonard, L. Osipova *et al.*: «The Central Siberian Origin for Native American Y Chromosomes». *American Journal of Human Genetics* 64 (1999): 619-628.
- Turpin, Solveig A.: «Pictographs of the Red Monochrome Style in the Lower Pecos River Region, Texas». *Bulletin of the Texas Archeological Society*, 55 (1986 for 1984): 123-144.
- «The Meyers Springs and Bailando Shelters: Iconographic Parallels». *La Tierra*, 13 1 (1986): 5-8.
 - «The Iconography of Contact: Spanish Influences in the Rock Art of Middle Rio Grande». Ed. David H. Thomas, *Columbian Consequences: Archaeological and Historical Perspectives on the Spanish Borderlands West*, Washington, D.C.: Smithsonian Press, 1989. 277-299.
 - «Lower Pecos prehistory: the view from the caves». *The Caves and Karst of Texas*, ed. W. R. Elliott and G. Veni. Alabama: National Speleological Society, Huntsville, 1994. 69-84.
 - «The Lower Pecos River Region of Texas and Northern Mexico». *Bulletin of the Texas Archeological Society* 66 (1995): 541-560.
- Turpin, Solveig A. y Eling, Jr., Herbert H.: «Body or Soul: The Diffusion of Rock Art Imagery in Prehistoric Coahuila and Texas». *Boundaries and Territories: Prehistory of the U.S. Southwest and Northern Mexico*, M. Elisa Villalpando, ed. *Arizona State University Anthropological Research Papers*, Tempe, Arizona: Arizona State University 54 (2002): 37- 48.
- Weinreich, Uriel: *Languages in Contact: Findings and Problems*, with a preface by Andre Martinet. New York: Linguistic Circle, 1953.